María Jesús Leza RECUERDO DEL NORTE



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

-ANAQUEL DE NARRATIVA, nº10
MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MARÍA JESÚS LEZA Cubierta y acuarelas interiores © MARÍA JESÚS LEZA

Del prólogo © MONTSERRAT CANO

De la edición © Cuadernos del Laberinto www.cuadernosdelaberinto.com Dirección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula www.absurdafabula.com

Primera edición: Mayo 2015 I.S.B.N: 978-84-943165-1-7 Depósito legal: M-10919-2015 Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A María, amante del color.

A Ignacio, melómano y montañero.

A Blanca, que me regaló una historia.

A Mariluz, amiga del arte.

Cada uno de ellos encontrará su cuento en este libro.

OTRA MEMORIA

En bastantes ocasiones, los títulos que los escritores dan a sus obras no se limitan a ofrecer al posible público lector alguna pista sobre el contenido de sus textos sino que, voluntaria o inconscientemente, sugieren elementos mucho más profundos acerca de los significados y motivaciones de una determinada creación. Este es el caso de *Recuerdo del Norte*, el nombre global que María Jesús Leza ha dado a este conjunto de relatos. Aunque así pudiera parecer, lo cierto es que ni la referencia al tiempo pasado ni la ubicación geográfica suponen una delimitación concreta de la materia empleada en las narraciones sino un marco privado en el que tanto el recuerdo —en singular—como el Norte son percepciones íntimas de la autora que van mucho más allá de una mera relación de sucesos acaecidos o imaginados.

He resaltado el hecho de que María Jesús nos hable del «recuerdo» y no de «los recuerdos» porque precisamente es ese singular el que traza la frontera entre el relato vivencial —inexcusablemente limitado por su propia necesidad de verdad— y la autenticidad sin barreras de la memoria literaria, en la que tiene cabida cuanto es esencial y difícilmente expresable; en la que lo realmente importante es lo imaginado, lo onírico, lo atávico, lo leído, contemplado y escuchado, y, sobre todo, la emoción estética que todo ello ha provocado en quien escribe. Así, el recuerdo al que nos acerca en sus historias es el de un

tiempo que, más allá de la fecha expresa o deducible, es el de los sentimientos y sensaciones propios de esas fases de la vida humana que indica en la agrupación de los relatos: infancia, adolescencia, juventud y madurez. Un tiempo constituido por aprendizajes y constataciones, por esperanzas y nostalgias, por fantasías y aceptaciones de la realidad, y siempre, siempre, por la vida filtrada por el tamiz de la belleza.

De belleza y de emoción estética sabe mucho María Jesús Leza. No en vano la profesión a la que ha dedicado la mayor parte de su vida es la pintura, además de ser una consumada lectora, melómana y, como ya ha demostrada en libros anteriores, una excelente narradora. Quienes tenemos la fortuna de conocerla sabemos la importancia que para ella tiene en arte en todas sus manifestaciones; quienes se acerquen por primera vez a su quehacer literario a través de estos relatos entenderán de inmediato que el arte no es un simple escenario para sus cuentos, ni una excusa para dotar a varios de sus personajes de una profesión. Muy al contrario: es una manera de investigar y percibir la realidad, tanto si se trata de las cosas que pueden ocurrir en la noche de Reyes como de la sospecha de la maldad o la duda ante lo incomprensible.

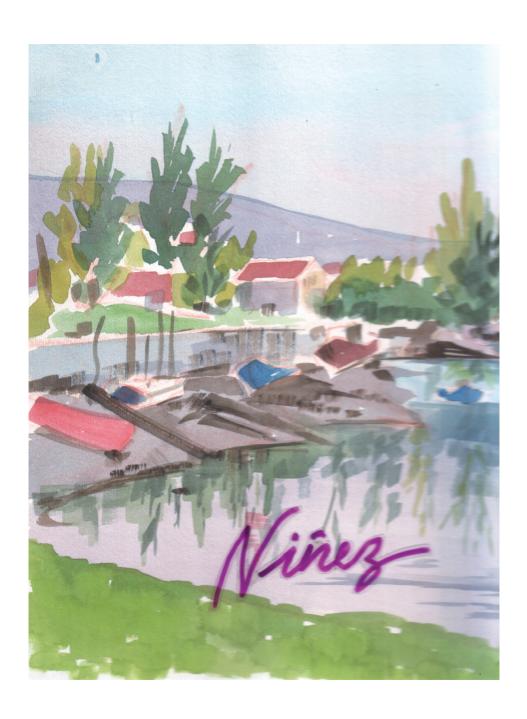
En cuanto al espacio físico, ese Norte en el que transcurren los hechos es el territorio de lo cotidiano convertido en mágico y de lo feérico incrustado en lo habitual. Del mismo modo que el norte geográfico que describe con maestría pictórica, este es brumoso, cambiante, delicado, inasible. María Jesús se aproxima a la remembranza sin caer nunca en costumbrismo fácil, convirtiendo el pasado en evocaciones de tiempos y lugares que tienen mucho más valor simbólico que documental, con

independencia de cuánta realidad contengan. Y es que el Norte, en este libro, es el país de las primeras decepciones (*El cochecito*), de la pérdida (*El chico de la bicicleta*), de las desilusiones aceptadas (*Pinceladas*), de la literatura entendida como fuerza arrolladora (*Nina*) o de la paz de los finales (*El color del mar*). Pero también es el mundo donde la ficción y la realidad se entrelazan y confunden para que nunca olvidemos que el universo es hermoso precisamente por cuanto tiene de incierto y efímero.

El libro está cuajado de referencias históricas y artísticas, explícitas o no, pero ninguna de ellas puede interpretarse como una concesión culterana o como una simple relación de datos que demuestren sus conocimientos. La autora incorpora elementos culturales porque ella es culta y porque su universo creativo se apoya y nutre en la cultura. Construye de este modo unos relatos que tienen en doble interés de la fabulación y la reinterpretación de los hechos conocidos, pero que, escritos en un lenguaje diáfano y cercano, y dotados de estructuras narrativas acorde con esa claridad lingüística, resultan aptos y recomendables para cualquier tipo de lector.

Recuerdo del Norte nos da una visión de la existencia que, sin ocultar ninguno de sus aspectos oscuros, desvela lo poético de cada circunstancia humana, dotando de belleza cada alegría y cada pena, cada esperanza y cada desilusión. Literatura, en fin, literatura auténtica y sincera. Literatura en su más rica acepción: mentir un poco para decir grandes verdades.

MONTSERRAT CANO



MI TÍO CARMELO

Carmelo, el más joven de todos mis tíos, era guapo, atractivo y un poco golfo, suficientes cualidades para tener éxito con las mujeres. También tenía un punto hortera; siempre llevaba la camisa entreabierta luciendo sobre su pecho una cadena de oro con una medalla de la virgen del Carmen y en el reverso el Sagrado Corazón. Dentro de la familia estaba mal considerado; le tenían cómo una especie de oveja negra.

- —Me han dicho que Carmelo, el otro día, armó una trifulca fenomenal en un bar ¡Es un camorrista!
 —contaba el tío Arcadio.
- —Ayer vi a Carmelo con una rubia. ¡Pobre Faustina! Naturalmente, me hice la despistada y no le saludé —comentaba la tía Josefina.
- —En lo que va de año, ya ha cambiado tres veces de empleo ¡Ese chico es un culo de mal asiento, nunca hará nada de fundamento! —sentenciaba el tío Prudencio.

Tenía escandalizados a todos. A todos ellos menos a mi madre. El tío Carmelo nos visitaba muy a menudo, encontrando en mi casa una acogida que no hallaba en las de sus otros hermanos. Sentía un cariño especial por mi madre. Este amor fraternal era mutuo, pues mi madre era cariñosa y tolerante. El tío Carmelo se refugiaba en casa huyendo de las broncas y peleas con su mujer, la tía Faustina, conocidas por todo el vecindario y provocadas casi siempre por sus continuas infidelidades.

—Tienes que hablar con Faustina, Luisa, últimamente no aguanta nada. Ayer se me averió el reloj de pulsera y llegué a casa un poco tarde; y por eso, por esa tontería, me armó un cisco. Está insoportable —le contaba a su hermana, adoptando aire de víctima.

Entonces mi madre telefoneaba a la tía Faustina, se apaciguaba un poco la cosa y al día siguiente, como de costumbre, nos tocaba merienda de reconciliación en casa del tío.

Nos recibía muy sonriente, ataviado con una chilaba verde con ribetes dorados. Había hecho la mili en África, cuando esta duraba varios años. En recuerdo de aquella época gloriosa, su casa estaba decorada con objetos y mobiliario moriscos: una turca, mesitas bajas taraceadas, cojines adamascados y tapices que representaban tórridas escenas del desierto, de oasis, palmeras y harenes con sultanes y huríes, todo rayando en el mal gusto, pero que a mí entonces me parecía precioso.

El tío Carlos además de tío era mi padrino. Mi madre le había elegido entre las dudas y reticencias de mi padre. Sabía, además, o así al menos lo había oído, que mi nombre, Carmela, elegido en su honor, fue objeto de grandes discusiones entre mis padres, pero al fin mi madre se salió con la suya: era persuasiva —en eso se parecía a su hermano— y muy cabezota. A mí me gustaba mi nombre. Carmela, sonaba a princesa gitana, a heroína exótica, era rotundo, racial. Mis compañeras de colegio se llamaban María de la Encarnación, María del Pilar, María José, nombres corrientes y vulgares. Yo, simplemente por eso, por llamarme Carmela, me sentía diferente.

Era consciente, a pesar de mi corta edad, de tener un padrino fuera de lo común. Un señor que me traía regalos, me compraba dulces, bombones y me llevaba al cine con más frecuencia que los padrinos de las niñas que yo conocía. Cuando iba con él de paseo, siempre acudíamos al mismo parque, donde, en una explanada, había instalado un tiovivo de caballitos. Podía montar en él las veces que quisiera, mientras el tío conversaba con las jóvenes mamás que, sentadas en los bancos, cuidaban de sus niños. A cada vuelta del carrusel le saludaba con la mano y, tanto él como la joven mamá de turno, me devolvían el saludo, muy sonrientes. Cuando ya cansada de dar vueltas me bajaba del caballo, el tío se despedía amable y educado, como un caballero de los de antes, me cogía de la mano y nos

acercábamos al barrio viejo y en una antigua pastelería y salón de té, que se llamaba «La Vienesa», merendábamos a base de merengues grandes y ordinarios. El paseo terminaba en una taberna de la misma calle, «La flor de Tánger», donde se juntaba con una peña de amigos, viejos compañeros de mili. Allí se dedicaban sobre todo a contar antiguas batallitas y aventuras, entre copa y copa, mientras yo escuchaba las mismas y mil veces repetidas historias delante de una limonada. La reunión se prolongaba hasta las tantas, cantando boleros y habaneras. El tío me devolvía a casa un tanto achispado, ya con la cena fría en la mesa. Mi madre le lanzaba unos cuantos reproches cariñosos mientras mi padre procuraba a duras penas contener su furia.

- —¡No me gusta nada que Carmela salga a pasear con tu hermano, es una mala influencia para la niña! —se quejaba.
- —¿Tú también la tienes tomada con él? Bastante desgracia tiene el pobre con no encontrar un trabajo decente y aguantar todos los días a la insustancial de Faustina. Carmela quiere mucho a su tío. En realidad, ella y yo somos las únicas personas en este mundo que le queremos ¡Pobre hermano mío!

Aquel febrero en el que cumplía siete años, el tío Carmelo se hacía desear en mi fiesta. Había soplado ya las velas de la tarta, recibido los regalos de mis tías y primos, habíamos merendado y... nada que no llegaba.

- —Mamá, ¿por qué no viene el tío? Tarda mucho.
- —Me parece que este año no va a poder venir, cariño. Ha tenido que asistir a un campeonato de mus.

Me sentí decepcionada, traicionada e infinitamente triste. Nunca había faltado a ninguno de mis cumpleaños ¿Sería verdad que era un veleta y un malqueda, como decían? No. No me lo quería creer.

Ya casi al final de la tarde, me puse a jugar, sin ganas, al escondite con mis primos. Y justamente, me fui a esconder en el saloncito, detrás del sofá, donde mis tías y mi madre tomaban refrescos, y que, en esos momentos, enfrascadas en su conversación, no se dieron cuenta de mi presencia.

- —Ahora que había encontrado un buen empleo, se le ocurre hacer semejante cosa. ¡Es increíble!
 - —¿Y cuánto dices que falta?
 - —Veinte mil pesetas.
 - —¡Pues vaya miseria!
 - -¿Cuándo te has enterado?
- —Ayer. La pobre Faustina me llamó por teléfono, llorando.